

14 ENERO

LOS REBAÑOS
DE CORDEROS



“

Te voy a llevar a que veas el rebaño que te ha sido reservado.



penas el sueño se apoderó de mí, me pareció encontrarme en una inmensa llanura cubierta de un número extraordinario de ovejas de gran tamaño, las cuales, divididas en rebaños, pacían en los extensos prados que se ofrecían ante mi vista. Quise acercarme a ellas y se me ocurrió buscar al pastor, causándome gran maravilla que pudiese haber en el mundo quien pudiera poseer tan crecido número de animales de aquella especie. Después de breves indagaciones me encontré ante un pastor apoyado en su cayado. Inmediatamente comencé a preguntarle:

- ¿De quién es este rebaño tan numeroso?

El pastor no me contestó. Volví a repetir la pregunta y entonces me dijo:

- ¿Y a ti qué te interesa?
- ¿Por qué, repliqué, me contesta de esa manera?
- Pues bien, dijo el pastor, este rebaño es de su dueño.
- ¿De su dueño? Eso ya me lo suponía, dije para mí.

Y continué en alta voz:

- ¿Y quién es el dueño?
- No te preocupes, me dijo, ya lo sabrás.

Después, recorriendo en su compañía aquel valle, comencé a observar el rebaño y la región en que nos encontrábamos. Algunas zonas estaban cubiertas de rica vegetación: numerosos árboles extendían sus ramas proporcionando agradable sombra, y una hierba fresquísima que servía de alimento a gran número de ovejas de hermosa y lucida presencia.

En otros parajes la llanura era estéril, arenosa, llena de piedras, recubierta de espinos, desprovistos de hojas, y de grama amarillenta; no había en toda ella ni un tallo de hierba fresca; a pesar de ello, también allí había numerosas ovejas paciendo, pero su aspecto era miserable. Hice algunas preguntas a mi guía referentes a este rebaño, pero él, sin contestarme a ninguna, dijo:

- Tú no estás destinado a cuidarlas. En éstas no debes pensar. Te voy a llevar a que veas el rebaño que te ha sido reservado.
- Pero, ¿tú quién eres?
- Soy el dueño; ven conmigo; vamos hacia aquella parte y verás.

Y me condujo a otro lugar de la llanura donde había millares y millares de corderillos. Tan numerosos eran, que no se podían contar y estaban tan flacos que apenas si se podían tener en pie. El prado en que estaban era seco, árido y arenoso, no descubriéndose en él ni un tallo de hierba fresca, ni un arroyuelo, sino nada más que algunos gamones secos y matas escuálidas. Todo el pasto había sido totalmente destruido por los mismos corderos.

A primera vista se podía deducir que aquellos pobres animales, que estaban además cubiertos de llagas, habían sufrido mucho y continuaban sufriendo. ¡Cosa extraña! Cada uno tenía dos cuernos largos y gruesos que le salían de la frente, como si fuesen carneros viejos, y en la punta de cada cuerno tenían un apéndice en forma de ese. Contemplé maravillado aquella rara particularidad, causándome gran inquietud el no saberme explicar por qué aquellos corderillos tenían los cuernos tan largos y tan gruesos y la causa de que hubiesen destruido tan pronto la hierba del prado.

- Pero, ¿cómo puede ser esto?, dije al pastor. Unos corderos tan pequeños y ya tienen unos cuernos tan grandes:
- Mira bien, me dijo, observa atentamente.

Y al hacerlo pude comprobar que aquellos animales tenían grabado el número 3 en todas las partes del cuerpo: en el lomo, en la cabeza, en el hocico, en las orejas, en las narices, en las patas, en las pezuñas.

- ¿Qué quiere decir esto?, pregunté a mi guía. A la verdad que no entiendo nada.
- ¿Cómo? ¿Que no comprendes nada?, me replicó el pastor. Escucha, pues, y todo lo comprenderás. Esta extensa llanura es figura del mundo. Los lugares cubiertos de hierba significan la palabra de Dios y la gracia. Los parajes estériles y áridos, aquellos sitios en los cuales no se escucha la palabra divina, en los que sólo se procura agradar al mundo. Las ovejas son los hombres hechos y derechos: los corderos, los jovencitos, para atender a los cuales ha mandado Dios a don Bosco. Este rincón de la llanura que contemplas, representa el Oratorio y los corderos en él reunidos, tus hijos. Este lugar tan árido es símbolo del estado de pecado. Los cuernos son imagen de la deshonra. La letra S quiere decir Scandalum (escándalo). Los escandalosos, por la fuerza del mal ejemplo, marchan a su perdición. Entre los corderos observarás algunos que tienen los cuernos rotos: fueron escandalosos, pero ahora cesaron en sus escándalos. El número 3 quiere decir que soportan la pena de su culpa: esto es, que tendrán que sufrir tres grandes carestias: una carestia espiritual, otra moral y otra material.

1. La carestía de los auxilios espirituales: pedirán estos auxilios y no los tendrán.
 2. La carestía de la palabra de Dios.
 3. La carestía del pan material.
- El que los corderos hayan agotado toda la hierba quiere decir que no les queda más que el deshonor y el número 3, o sea, las carestías. Este espectáculo significa también los sufrimientos que padecen actualmente muchos jóvenes en medio del mundo. En el Oratorio, en cambio, incluso los que son indignos de ello, no carecen del pan material.

Mientras yo escuchaba y observaba todas aquellas cosas como desmemoriado, he aquí una nueva maravilla. Todos aquellos corderos cambiaban de aspecto.

Levantándose sobre las patas posteriores adquirían una estatura elevada y la forma de otros tantos jóvenes.

Yo me acerqué para comprobar si conocía alguno. Eran todos muchachos del Oratorio. A muchísimos no los había visto nunca, pero todos aseguraban que pertenecían a nuestro Oratorio. Y entre los que eran desconocidos para mí había unos pocos que están actualmente aquí. Son los que no se presentan nunca a don Bosco: los que no acuden jamás a pedirle un consejo: los que, por el contrario, huyen de él: en una palabra: los jóvenes a los cuales don Bosco aún no conoce... Pero la inmensa mayoría de los desconocidos estaba integrada por los que no están ni han estado en el Oratorio.

Mientras observaba con pena aquella multitud, el que me acompañaba me tomó de la mano y me dijo:

- Ven conmigo y verás otras cosas.

Y así diciendo me condujo a un extremo apartado del valle rodeado de pequeñas colinas y cercado de un vallado de plantas esbeltas, en el cual había un gran prado cubierto de verdor, lo más riente que imaginarse puede y embalsamado por multitud de plantas aromáticas, esmaltado de flores silvestres y en el que, además, se descubrían frescos bosquecillos y corrientes de agua límpida. En él me encontré con una gran multitud de chicos, todos alegres, dedicados a formar un hermosísimo vestido con flores del prado.

- Al menos, tienes a éstos que te proporcionan grandes consuelos.
- ¿Quiénes son?, pregunté.
- Son los que están en gracia de Dios.

¡Ah! Os puedo asegurar que jamás vi criaturas tan bellas y resplandecientes y que nunca habría podido imaginar tanta hermosura. Sería imposible que me pusiese a describirlo, pues sería echar a perder lo que no se puede imaginar si no se ve.

Pero me estaba reservado un espectáculo aún más sorprendente. Mientras estaba yo contemplando con inmenso placer a aquellos jóvenes, entre los que había muchos a los cuales no conocía, el guía me dijo:

- Ven, ven conmigo y te haré ver algo que te proporcionará una alegría y un consuelo aún mayor.

Y me condujo a otro prado todo esmaltado de flores más bellas y olorosas que las que había visto anteriormente. Parecía un jardín regio. En él pude ver un número menor de jóvenes que en el prado anterior, pero de una tan extraordinaria belleza y de un esplendor tal que anulaban por completo a los que había admirado poco antes.

Algunos de éstos están en el Oratorio, otros lo estarán con el tiempo. Entonces el pastor me dijo:

- Estos son los que conservan la bella azucena de la pureza. Estos están revestidos aún con la estola de la inocencia.

Yo contemplaba extático aquel espectáculo. Casi todos llevaban en la cabeza una corona de flores de belleza indescriptible. Dichas flores estaban compuestas por otras florecillas de sorprendente gallardía y de colores tan vivos y variados que encantaban al que las miraba. Había más de mil colores en una sola flor y en cada flor se veían más de mil flores.

Hasta los pies de aquellos jóvenes descendía una vestidura de fascinante blancura, entretejida de guirnaldas de flores, semejantes a las que formaban la corona.

La luz encantadora que partía de las flores iluminaba toda la persona haciendo reflejar en ella la propia belleza. Las flores se espejaban unas en otras y las de las coronas en las que formaban las guirnaldas, reverberando cada una los rayos emitidos por las otras.

Un rayo de un color al encontrarse con otro de distinto color daba origen a nuevos rayos, diversos entre sí y, por consiguiente, cada nuevo rayo producía otros distintos, de manera que yo jamás habría creído que en el paraíso hubiese un espectáculo tan múltiple y encantador. Pero esto no es todo.

Los rayos de las flores y de las coronas de unos jóvenes se reflejaban en las flores y en los de las coronas de todos los demás; lo mismo sucedía con las guirrnaldas y con las vestiduras de cada uno. Además, el resplandor del rostro de un joven al expandirse, se fundía con el resplandor del rostro de los compañeros y al reverberar sobre aquellas facciones inocentes y redondas, producían tanta luz que deslumbraban la vista e impedían fijar los ojos en ellas.

Y así, en uno solo, se concentraban las bellezas de todos los compañeros con una armonía de luz inefable. Era la gloria accidental de los santos. No hay imagen humana capaz de dar una idea, aunque pálida, de la belleza que adquiría cada uno de aquellos jóvenes, en medio de un océano de esplendor tan grande.

Entre ellos pude ver a algunos que se encuentran actualmente en el Oratorio y estoy seguro de que si pudiesen apreciar, aunque sólo fuese la décima parte de la hermosura de que los vi revestidos, estarían dispuestos a sufrir el tormento del fuego, a dejarse descuartizar, a afrontar el más cruel de los martirios, antes que perderla. Apenas pude reaccionar un poco, después de haber contemplado semejante espectáculo, me volví a mi guía y le dije:

- Pero, ¿en tan crecido número de mis jóvenes, son tan pocos los inocentes? ¿Tan contados son los que nunca han perdido la gracia de Dios?

El pastor respondió:

- ¿Cómo? ¿Te parece pequeño su número? Por otra parte, ten presente que los que han tenido la desgracia de perder el hermoso lirio de la pureza, y, por tanto, la inocencia, pueden seguir a sus compañeros por el camino de la penitencia. »Ves allá? En aquel prado hay muchas flores; con ellas pueden tejer una corona y una vestidura hermosísima y seguir también a los inocentes en la gloria.
- Dime algo más que yo pueda comunicar a mis jóvenes, añadi entonces.
- Repíteles que si supiesen cuán bella y preciosa es a los ojos de Dios la inocencia y la pureza, estarían dispuestos a hacer cualquier sacrificio para conservarla. Oíles que se animen a cultivar esta bella virtud, la cual supera a las demás en hermosura y esplendor. Por algo los castos son los que crescunt tanquam lilia in conspectu Domini. (Crecen como lirios a los ojos del Señor).

Yo quise entonces introducirme en medio de aquellos mis queridos hijos tan bellamente coronados, pero tropecé al andar y me desperté encontrándome en la cama.



El comentario a este sueño, narrado el 16 de junio de 1867, gira en torno a dos elementos: la tipología de los jóvenes del oratorio y la importancia de la pureza como virtud. Cuando Don Bosco entró en la escuela estableció tres categorías de compañeros: "buenos, indiferentes y malos". Esta diferenciación entre los jóvenes, siempre es establecida de una forma u otra por Don Bosco, se ve claramente en este sueño.

En el primer grupo aparecen los jovencitos identificados con esos corderos con cuernos y el número 3 grabado en todas las partes del cuerpo. Estos se identifican con los malos, con aquellos que "por la fuerza del mal ejemplo, marchan a su perdición. Otro grupo, que cambian de aspecto y se levantan sobre las patas posteriores, representa a los desconocidos que "no se presentan nunca a Don Bosco: los que no acuden jamás a pedirle consejo".

Frente a estos dos grupos, asentados en llanuras áridas, contrasta otro grupo que se encuentra en un vallado de plantas esbeltas con gran verdor. Un grupo formado por jóvenes alegres, que "son los que están en gracia de Dios". A este se añade uno último de menor número, el de aquellos que conservan la pureza.

La distinción en estos grupos no es un acto de exclusivismo, sino una forma de identificar las necesidades espirituales de los jóvenes y ofrecerles la guía y el apoyo adecuados para su crecimiento moral y espiritual. Don Bosco se preocupa por cada uno de ellos y trabaja para ayudarlos a encontrar el camino hacia la gracia y la pureza.

La recurrencia a la virtud pureza aparece de modo constante en sus discursos y escritos. A ella ha aludido en muchos sueños anteriores, y será mencionada posteriormente. Esta virtud, practicada por él mismo, será eje de muchas de sus predicaciones. El propio don Cagliero dirá sobre Don Bosco: "Estoy persuadido, por las íntimas relaciones con él tenidas, que vivió y murió en castidad virginal". Y es esta virtud la que hará del santo una persona a imitar, por su mirada casta, su sonrisa pura, sus gestos de amor limpio.

Don Bosco alabará siempre esta virtud, y la aconsejará no solo a sus muchachos, sino sobre todo a los miembros de la Sociedad Salesiana. Formaba parte de sus discursos de manera constante. No significaba para Don Bosco una abstinencia sin más, sino que iba mucho más allá. Era una actitud que se expresaba de modo externo. Así lo narra don Lemoine:

El aire angelical que irradiaba su rostro tenía un atractivo especial que conquistaba los corazones. Jamás salió de sus labios una palabra que pudiera ser menos conveniente. En su porte evitaba cualquier gesto, cualquier movimiento que tuviese el menor asomo mundano. Para quien le trató en los momentos más íntimos de su vida, lo más extraordinario que en él encontró fue la suma atención que constantemente prestó a los más solícitos cuidados para no faltar en lo más mínimo a la modestia. Algunos de los suyos quisieron examinar en todo y por todo su conducta exterior, observándole alguna vez hasta por el ojo de la cerradura de la puerta, y nunca le sorprendieron en actitud menos digna.

(MBe 5, 122)

Entre los medios que proponía para conservarla se encontraba el rezo del Santo Rosario, la guarda de los sentidos, las jaculatorias, la oración...

A los clérigos les invitaba a tener una actitud de paciencia, pero siempre era estricto con el tema de la pureza:

Aguantad todo, la ligereza, el descaro, los descuidos, pero nunca la ofensa a Dios y sobre todo el pecado contra la pureza. Siempre en guardia sobre ello, y prestad mucha atención a los muchachos que se os han confiado.

(MBe 5, 128)

El mandato del final del sueño fue para Don Bosco una práctica asidua en el oratorio y era una actitud a la que siempre se tenía la voluntad de tender, no solo por la propia atracción que la pureza de corazón expresaba externamente Don Bosco, sino por el ideal de alcanzar la santidad que había en el oratorio.

En la actualidad nos encontramos ante el reto de realizar una nueva propuesta dentro del carisma salesiano que nos permita infundir en los jóvenes este anhelo de santidad que se realiza en la voluntad de alcanzar esta virtud, desde una nueva comprensión actual. Don Bosco, como vemos en el sueño, era consciente de que era una virtud alcanzada por pocos, pero no por ello dejó nunca de presentarla a sus jóvenes.